

(Según *Torquemada*, lib. XI, cap. 8, los reyes de *Mechoacán* hacían que sus hijos gobernasen con ellos durante sus últimos años para que pudiesen aprender los deberes de su oficio.)

El pueblo de *Mechoacán* pagaba á su rey por vía de tributo cuanto tenía, y el rey, si lo deseaba, podía pedir á sus esposas y á sus hijos, de manera que los *mechoacanos* eran más infelices que los esclavos, y después de estar sujetos al rey lo estaban á los señores.—*Herrera*, III, pág. 254.

*Sinaloa*.—No reconocían gobierno ni ley. El poder de los jefes consistía en ciertas distinciones atribuidas á su nobleza, y en el poder que tenían de convocar á la nación para declarar la guerra, ó celebrar algún tratado de alianza. La ancianidad gozaba de las mismas prerrogativas que el nacimiento noble, y aquélla y ésta se antepoñían á las proezas y renombre militar.—*Orozco y Berra*, pág. 330.

En *Nuevo México* los indios no conocen ni ley ni gobierno; tienen, sin embargo, personas que arreglen sus diferencias, las que son los hombres más sabios.—Extracto de la Historia de Felipe II por *Cabrera*, 1619 (*Ternaux-Compans*, I, pág. 439).

El pueblo de *Cibola* era igual al de *Nuevo México*, en el hecho de que no tenía rey ni nobleza; no existían en él siervos ni casta degradada; podía poseer un jefe nominal, pero el gobierno quedaba en las manos de un consejo de ancianos; no estaba oprimido por la coalición de un déspota y de una casta favorecida y de los sacerdotes del más execrable de los cultos... Aunque compuestos de distintas comunidades, y no faltos de guerras accidentales, los habitantes de *Cibola* y *Nuevo México* no desplegaban esa ferocidad que caracterizaba la guerra de los *Iroquois* y *Algonquines*, y en verdad, á todas las tribus, comprendidas entre el *Allántico* y el *Mississippi*.—*Gallatin*, Hal's, etc., pág. 96.

### VIII.—Gobierno local.

Casi en cada provincia hay diferencia en todo, y aun en muchos pueblos existen dos ó tres lenguas distintas. Los habitantes apenas se tratan y conocen.—*Zurita*, pág. 5.

Los habitantes del país de *Cucallatán*... eran *Totonacos*; pero los senadores, quienes parece componían la nobleza, dicese que eran *Huastecas*, y los jefes *tlascaltecas*.—*Tezozomoc* (*Waitz*, IV, pág. 55).

Una parte de los *Othomies* obtuvo asiento en la República de *Tlascalala*, y fué violentamente incorporada á sus ejércitos. Su valor y fidelidad á su nación adoptiva los hizo dignos de confianza, y los lugares fronterizos fueron entregados á su cuidado.—*Prescott*, lib. III, cap. 3.

(Los soberanos de *Tlaxcallan* y de *Huecotzinco* eran de origen extranjero. Véase *Ixtlilxochitl*, cap. 11.)

La ciudad, los alrededores y el vecindario de *México* tenían bajo su dependencia otras ciudades y pueblos en varios lugares..... habían sido colonizados por *mexicanos*, y poblados de esclavos que les pertenecían y que enviaron allí con tal fin. Pagaban tributo á la ciudad de *México*, y éste se empleaba en gastos públicos.—Petición de *Varios Jefes Mexicanos*, 1532 (*Ternaux-Compans*, I, pág. 226).

La ciudad de *México* tenía 120,000 casas, y la de *Tetzcuco* 140,000..... y en cada casa había cuatro, seis y hasta diez personas.—*Torquemada*, lib. XI, cap. 4.

(*Torquemada*, lib. III, cap. 27, refiriéndose á *Tetzcuco*, dice que no debe entenderse que todo aquel caserío estuviese recogido y junto, aunque sí lo estaba en su mayor parte; pues un gran número de casas estaban desparramadas..... la población se extendía desde el centro, en donde se encontraban los palacios, hasta tres ó cuatro leguas.)

Cuando los reyes de *México*, *Tetzcuco* y *Tlacuba* conquistaban una provincia, acostumbraban dejar á los señores natu-

rales de ella en sus señoríos, así á los supremos como á los inferiores. El pueblo generalmente conservaba sus propiedades. En una palabra, los conquistadores respetaban los usos, las costumbres y la forma de gobierno establecidos.—*Zurita*, págs. 66-7.

*Calpulli* significa barrio de gente conocida, ó familia de antiguo origen, que ha poseído por largo tiempo propiedades de límites determinados..... Cuando los indios llegaron al país, cada familia ó tribu recibió un lote de tierra para sí y sus descendientes..... Tales lotes no pertenecían en particular á los habitantes del barrio, sino al *calpulli* que las poseía en común..... Siempre que una familia se extinguía, sus propiedades volvían á la comunidad..... y el jefe las daba á quien las necesitaba del mismo barrio..... Si uno de los miembros de un *calpulli* se iba á vivir á otro *calpulli*, perdía sus tierras, las cuales volvían al primer *calpulli*..... Las propiedades podían adquirirse por sucesión.—*Zurita*, págs. 50-60.

Los *calpullis* tienen jefes que se eligen de entre los individuos que forman la tribu..... La elección se hace por estos mismos..... El cargo de los jefes no es hereditario; cuando uno de ellos muere, elígese en su lugar al anciano que es más honrado, sabio y hábil..... Si el difunto ha dejado un hijo que sea apto, éste es al que se elige. Prefiérese generalmente á algún pariente del antiguo jefe, si lo hay y es capaz. El jefe debe de tener cuidado de las propiedades del *calpulli* y defenderlas; él guarda las pinturas que representan las propiedades..... y las renueva conforme se efectúan las traslaciones de dominio..... está encargado de distribuir tierras á quienes nada poseen, ó que poseen pocas, teniendo en consideración á sus familias. Está encargado asimismo de amparar á los miembros del *calpulli*, y de hablar por ellos ante los jueces y gobernadores.—*Zurita*, págs. 60-1.

Los miembros de un *calpulli* se reúnen para tratar de los in-

tereses comunes, de los impuestos y de las fiestas.—*Zurita*, pág. 62.

*Indios modernos*.—Es una peculiaridad de los indios que sus comunidades se mantengan muy firmemente unidas. Los de mayor edad no permiten que los miembros de la comunidad se dispersen, ni se cambien á otras ciudades, y si durante el verano tienen necesidad de vivir en lugares apartados para resguardarse de los malhechores, todos ellos están obligados á presentarse en el pueblo durante ciertas festividades, y á habitar en él después de la cosecha..... Todos los indios son ciudadanos de la República, y eligen á sus autoridades municipales de conformidad con la ley. Sin embargo, en los pueblos genuinamente *indígenas*, hay que notar el predominio de ciertas familias aristocráticas, cuyo nombre ha llegado á ser sagrado, merced á la costumbre, y cuyas determinaciones en todos los asuntos locales considéranse decisivas. Ellas conservan unidos los rebaños, manejan los fondos de la comunidad..... influyen en la elección de las autoridades municipales, castigan á los jóvenes, y conciertan matrimonios.—*Sartorius*, pág. 67.

La mayor parte de las comunidades tienen en común sus fondos y propiedad territorial, sin poder en manera alguna dividir sus campos, lo que es altamente desfavorable para el cultivo. Solamente son hereditarios el lugar destinado para la habitación y su jardín; los campos pertenecen al pueblo, y se cultivan anualmente sin que se pague nada de renta. Una parte de la tierra se cultiva en común, destinándose sus productos para los gastos de la comunidad.—*Sartorius*, págs. 67-8.

Existían jueces ordinarios que ejercían una jurisdicción restringida en las provincias y pueblos. Decidían los casos de poca importancia, arrestaban á los delincuentes, examinaban y preparaban los pleitos difíciles, y dejaban la decisión á las asambleas generales que se verificaban cada cuatro meses (cada 80 días) presididas por el soberano.—*Zurita*, pág. 106.

## IX.—Milicia.

Ninguna profesión gozaba de mayor estima entre los *mexicanos*, que la de las armas. La deidad de la guerra era la que más reverenciaban, y la que consideraban la primera protectora de la nación. A ningún príncipe se le elegía rey antes de que hubiese desplegado valor y pericia militar en diversas batallas, y merecido el sobresaliente cargo de general del ejército; á ningún rey se le coronaba antes de que hubiese apresado con sus propias manos á las víctimas que debían sacrificarse en las festividades de su coronación. Todos los reyes *mexicanos*—desde *Itzcoatl*, el primero, hasta *Quauematzin*, el último—se elevaron del mando del ejército al gobierno del reino. Los que morían en servicio de su país, con las armas en las manos, se les juzgaba las almas más felices en la otra vida. Debido á la gran estimación en que se tenía la profesión de las armas entre ellos, tomábanse muchísimos trabajos para hacer valerosos á sus hijos y acostumbrarlos desde temprana edad á las penalidades de la guerra.—*Clavijero*, lib. VII, cap. 21.

Los *mexicanos* hacían consistir su mayor honor en la guerra; los nobles eran los principales soldados, y los que no eran nobles podían llegar á serlo sirviendo en la guerra, y alcanzando cargos y dignidades.—*Herrera*, III, pág. 225.

(Según *Durán*, I, pág. 20, se tenía en los colegios militares á los jóvenes menores de 24 años.)

La suprema dignidad militar era el generalato del ejército; pero había cuatro rangos diferentes de generales..... y cada rango tenía su divisa particular de distinción..... en segundo grado estaban los capitanes.—*Clavijero*, lib. VII, cap. 21.

(Según *Sahagún*, lib. VII, cap. 24, había dos generales en jefe.)

Tienen sus capitanes generales, y además otros parti-

culares para cada 200 ó 400 hombres. Cada compañía posee una bandera.—*El Conquistador Anónimo*, cap. 19 (*Ternaux-Compans*, I, pág. 98).

El modo de contar por 20, por 400 y por 8,000 tenía un resultado práctico. *Bernal Díaz*, al hablar de los ejércitos *indígenas*, los cuenta por..... cuerpos de 8,000 hombres. No es imposible que se dividiesen en batallones de 400 hombres cada uno, que éstos á su vez se subdividiesen en pelotones de 20 hombres, y que el geroglífico de 20 representase originalmente la bandera ó estandarte de cada pelotón.—*Gallatin*, Notes etc., V, pág. 57.

(Respecto de una guardia real formada de nobles, véase *Torquemada*, lib. XIV, cap. 6.)

Acostumbraban por lo regular recompensar á los guerreros que se habían distinguido. Aun cuando tales guerreros fuesen los últimos de los esclavos, se les hacía capitanes y nobles, se les daban vasallos, y se les estimaba sobremanera en todas partes.—*El Conquistador Anónimo*, cap. 3 (*Ternaux-Compans*, I, pág. 55).

Otorgaban notables recompensas á los valientes, concediéndoles privilegios de que otros no podían disfrutar, y con esto se estimulaban mucho..... El último rey, *Montezuma II*, fundó diversas órdenes con sus respectivas divisas..... Una orden se llamaba de los Águilas, otra de los Leones y Tigres, á la cual pertenecían los esforzados que se distinguían en la guerra.—*Herrera*, III, pág. 225.

El templo mayor de *México* .... era tan grande como una ciudad..... Sobre cada una de las puertas había unos aposentos como fortalezas, llenos de armas de distintas especies, de las que se usaba en las guerras, y que *Montezuma* tenía almacenadas ahí.—*El Conquistador Anónimo*, cap. 19 (*Ternaux-Compans*, I, pág. 98).

En la ciudad ninguno anda armado. Portan armas solamente para la guerra, la caza, ó cuando están de guardia.—*Gomara*, pág. 345.

(Por lo que concierne á mapas del país enemigo, dibujados por espías y presentados al rey antes de la declaración de guerra, véase *Sahagún*, lib. VIII, cap. 24.)

Marchan en un orden admirable.—El *Conquistador Anónimo*, cap. 4 (*Ternaux-Compans*, I, pág. 60).

Los sacerdotes con sus ídolos marchaban al frente..... Ellos daban la señal de combate encendiendo su fuego y tocando unas bocinas..... Sacrificaban sin pérdida de tiempo á los primeros prisioneros.—*Sahagún*, lib. VIII, cap. 24.

Su música marcial, en la que había más ruido que armonía, se componía de tambores, cuernos y una especie de conchas marinas que producían un sonido extremadamente agudo.—*Clavijero*, lib. VII, cap. 24.

Sus estandartes, más parecidos al *signum* de los romanos que á nuestras banderas, se componían de asta-banderas de 8 á 10 pies de largo, en las que llevaban las armas é insignias del Estado hechas de oro, plumas, ó algunos otros materiales valiosos. La insignia heráldica del imperio mexicano era una águila arrojándose sobre un tigre... Además del estandarte común y principal del ejército, cada compañía... llevaba su estandarte particular, y se distinguía de las otras no sólo por esto, sino también por el color de las plumas que ponían sobre su armadura los oficiales y nobles. El porta-estandarte del ejército era el general, al menos en los últimos años del imperio, y es muy probable que los porta-estandartes de las compañías hayan sido los oficiales que las mandaban. Los estandartes se ataban tan fuertemente á las espaldas de los oficiales, que era casi imposible desprenderlos sin despedazar á éstos. Los mexicanos colocaban siempre á sus estandartes en el centro del ejército. Los *tlascaltecas*, cuando hacían marchar á sus fuerzas en tiempo de paz, los colocaban á la vanguardia, pero en tiempo de guerra, á la retaguardia de su ejército.—*Clavijero*, lib. VII, cap. 24.

Entre los *indios*, la fuerza, la estratagemas, el valor y la astucia eran igualmente admitidos en tiempo de guerra, como

lo fueron entre los bárbaros en la antigua *Roma*.—*Prescott*, lib. III, cap. 2.

Las hostilidades durante la noche eran contrarias á la táctica de los *indios*.—*Prescott*, lib. III, cap. 2.

Respecto del origen del nombre de *Mestillán*, los *nativos* dicen que los primeros habitantes..... estaban acostumbrados á atacar á sus enemigos durante la noche, y que por lo mismo fueron llamados *mestillaneas*, á saber, pueblo de la luna. Relación de *G. de Chávez*, 1579 (*Ternaux-Compans*, II, pág. 300).

Comenzaba la batalla con un ruido terrible de instrumentos guerreros, gritando y silbando, lo que causaba terror en los que no estaban acostumbrados á oírlos..... En el pueblo de *Tezcucó*..... el rey..... daba la señal para que comenzase la batalla, tocando un pequeño tambor que colgaba de su hombro. Su primera carga era furiosa, pero no se lanzaban todos á la vez, como algunos autores lo han asegurado, pues estaban acostumbrados, según lo demuestra su historia, á conservar algunas tropas en reserva, para las emergencias difíciles. En ocasiones principiaban la batalla disparando flechas, y en otras arrojando dardos y piedras con hondas; y cuando se acababan sus flechas recurrían á sus picas, clavos y espadas. Eran extremadamente cuidadosos de conservar sus fuerzas firmemente unidas, de defender el estandarte, y de quitar á los muertos y heridos de la vista del enemigo. Había determinados hombres en el ejército que no tenían otro empleo que quitar de los ojos del enemigo todo objeto que pudiese alentar su valor y despertar su orgullo. Hacían frecuente uso de las emboscadas, escondiéndose en lugares boscosos, ó en zanjas hechas á propósito..... y frecuentemente también simulaban una huida á fin de encaminar al enemigo que los perseguía hacia algún punto peligroso, ó de atacarlo por la espalda con tropas de refresco. Su gran empeño en las batallas no era de matar, sino de hacer prisioneros para los sacrificios. Cuando algún enemigo,

al que ya habían apresado, intentaba salvarse escapando, lo desjarretaban para detenerlo en su huida. Siempre que el enemigo se apoderaba del estandarte, ó hacía caer al general, todos huían, y entonces era imposible absolutamente reorganizarlos, ó darles alcance. Al concluir la batalla los vencedores celebraban la victoria con grandes regocijos, y recompensaban á los oficiales y soldados que habían hecho algunos prisioneros.—*Clavijero*, lib. VII, cap. 25.

Encontramos los campos cubiertos de guerreros; tenían grandes penachos y banderas, y hacían mucho ruido con trompetillas y bocinas. Nos cercaron por todas partes tantos guerreros, que cubrían una llanura como de dos leguas cuadradas..... Cuando comenzó el ataque, cayó sobre nosotros una verdadera granizada de flechas y piedras; todo el campo se cubrió inmediatamente con montones de lanzas cuyas puntas tenían dos filos tan delgados y cortantes que atravezaban toda clase de corazas, y eran particularmente peligrosas para la parte baja del cuerpo que no estaba protegida de ningún modo. Cayeron sobre nosotros con notable bravura, y con grandísimos gritos y alaridos.—*Díaz del Castillo*, cap. 65.

Mientras combaten, cantan y bailan. Algunas veces dan los más horribles alaridos, y silban con extraordinaria fuerza, especialmente si notan que van alcanzando ventaja.—*El Conquistador Anónimo*, cap. 4 (*Ternaux-Compans*, I, págs. 60-1).

Cortés (en la batalla de *Otumba*) observó á un caballero con una rodela dorada ricamente vestido y adornado con penachos, el cual era llevado en andas, desde donde dictaba sus órdenes, y que la bandera ó estandarte real que estaba pegada á su espalda formaba una red de oro que se elevaba diez palmos, y que alrededor de él había infinitos hombres principales, lujosamente vestidos..... los *indios*, al ver caído su estandarte, comenzaron á retirarse, y los jefes se llevaron el cuerpo de su general con gran llanto.—*Herrera*, III, pág. 79.

El deseo de hacer desaparecer á los muertos y heridos del campo de batalla era una práctica general entre las gentes de *Anáhuac*.—*Prescott*, lib. III, cap. 2.

Para la defensa de las plazas usaban varias especies de fortificaciones, tales como paredes y murallas, con sus parapetos, palizadas, zanjas y trincheras..... Los *tlascaltecas* construyeron una pared..... para defenderse de las invasiones de las tropas *mexicanas*..... Las fortificaciones más peculiares de *México* eran los mismos templos.—*Clavijero*, lib. VII, cap. 26.

Después de que terminaba la guerra, indagábase en todo el campo quienes habían desobedecido las órdenes de los jefes, é inmediatamente se les ejecutaba.—*Sahagún*, lib. VIII, cap. 24.

Era una ley que se degollara al que en la guerra injuriase al enemigo sin permiso del capitán, lo atacase antes del tiempo designado..... abandonase su bandera ó á su compañía, ó quebrantase ó traspasase alguna orden del capitán..... al que quitaba á otro su botín de guerra, ó su cautivo, se le mataba. Infligíase el mismo castigo, á la vez que se le confiscaban sus bienes, al Señor ó principal que en algún baile ó fiesta, ó en la guerra sacaba las insignias..... de los reyes de *México*, *Tezcucó* y *Tlacupán*..... Al traidor... se le despedazaba y se le confiscaban sus bienes..... y á sus..... parientes se les esclavizaba.—*Torquemada*, lib. XII, cap. 6.

Cualquier daño causado á los embajadores considerábase como un motivo suficiente de guerra.—*Torquemada*, lib. XVI, cap. 1.

El asesinato de un comerciante, ó de un embajador se miraba como una causa bastante de guerra.—*Zurita*, pág. 118.

(Dedúcese de *Torquemada*, lib. XVI, cap. 2, que el sentido de lo anterior es algo vago. El autor cree que los reyes acostumbraban enviar embajadores á tribus remotas para pedirles que recibiesen y reconociesen á los dioses *mexicanos*, y obedecieran al rey de *México*, y que si esas gentes mataban al men-

sajero, es decir, si rehusaban someterse, este asesinato y descortesía originaba la guerra.)

Cuando ellos decidían principiar la guerra, enviaban escudos y mantas á los que intentaban atacar, y les declaraban su propósito.—*Zurita*, pág. 119.

A un lugar particular situado entre sus fronteras denominado *Yauhtlalli*, esto es, frontera ó lugar de guerra, dirigíanse para recibir á sus enemigos.—*Torquemada*, lib. XIV, cap. 3.

(Espías disfrazados de comerciantes introducíanse al país enemigo, y si lograban su intento se les recompensaba con tierras. A los traidores del partido contrario se les regalaban mantas.—Véase *Torquemada*, lib. XIV, cap. 2.)

Mataban á los espías del enemigo, y si eran aprehendidos en la misma ciudad de *México*, se les mataba cortándoles coyuntura por coyuntura y miembro por miembro.—*Sahagún*, lib. II, apéndice.

Al que teniendo un prisionero lo daba á otro, se le mataba, porque cada uno debía sacrificar á sus prisioneros de guerra.—*Torquemada*, lib. XIV, cap. 3.

Al caballero principal que habiendo sido hecho prisionero de guerra recuperaba su libertad, y volvía á su hogar, se le condenaba á muerte, porque como no había sido hombre para defenderse ó morir en la batalla, debía morir en la prisión; considerándose esto menos vergonzoso que volver fugitivo.—*Bustamante*, pág. 200.

En un tiempo, cuando tenían grandes guerras y diferencias, comíanse á todos los prisioneros de guerra, ó los hacían esclavos. Si una ciudad sitiada se rendía sin resistencia, los vencidos quedaban únicamente constituidos como vasallos de los vencedores; pero si había que emplear la fuerza, todos quedaban reducidos á la esclavitud.—*El Conquistador Anónimo* cap. 3, (*Ternaux-Compans*, I, pág. 55).

Los *indios* confederados dispersábanse inmediatamente,

según su costumbre, para robar y destruir el país sin compasión.—*Herrera*, IV, pág. 99.

(*Herrera*, III, pág. 106, describe del modo siguiente una revista de tropas *tlascaltecas*: Primeramente iban muchos músicos tocando caracoles, bocinas, huesos y otros instrumentos, seguidos por los Señores de las cuatro cabeceras de la república, los que llevaban rodela, macanas muy ricas, tarjas, plumajes sobre las espaldas, levantados por lo menos una vara encima de sus cabezas, y piedras de gran valor incrustadas en los agujeros de sus labios y orejas; tenían el pelo atado con cintas de oro ó plata, y en los pies ricas cotarras; detrás de ellos caminaban cuatro pajes con sus arcos y flechas. Después cuatro estandartes con las insignias y armas de la república, curiosamente formados con plumas, y llevados por cuatro porta-estandartes; en seguida pasaron 60,000 arqueros de á veinte en fondo con un estandarte de trecho en trecho, con las armas del capitán de cada compañía. Los estandartes saludaban á *Cortés*, quien se levantaba y se quitaba su sombrero, en tanto que todos los guerreros inclinaban la cabeza y disparaban sus flechas al aire. Luego aparecieron 40,000 rodeleros, y por último 10,000 piqueiros.)

*Ejército tlascalteca*.—Cada ejército tenía su estandarte y escudo, siendo éste último una ave blanca con las alas tendidas como dispuestas á volar, y parecida á un avestruz.—*Díaz del Castillo*, cap. 64.

Los *tlascaltecas* estaban demasiado atrasados en la ciencia militar para aprovecharse de su vasta superioridad en número. Es verdad que estaban distribuidos en compañías, de las cuales cada una servía bajo su propio jefe y bandera. Pero no estaban ordenados por rango y fila, y se movían en masa confusa, desordenadamente aglomerada. No sabían concentrar soldados en determinado punto, ni aun sostener un asalto, empleando destacamentos sucesivos que se sostuvieran y reforzasen entre sí. Una parte muy pequeña de sus colum-

nas podía ponerse en contacto con un enemigo inferior á ellos en número. El resto del ejército, inactivo y peor que inútil, á la retaguardia, servía sólo para oprimir tumultuosamente á la vanguardia.—*Prescott*, lib. III., cap. 3.

Sin la confusión de una muchedumbre sobrecogida por el pánico, tan común entre los bárbaros, las fuerzas *tlascaltecas* se retiraban del campo con todo el orden de un ejército bien disciplinado.—*Prescott*, lib. III., cap. 2.

*Tepeacas*.—Las guerras que emprendían con *Tlaxcala*, *Chulula*, *Huaxozingo* y *Calpan*, no eran por interés, sino por honor, y para conquistar reputación de guerreros, por lo cual rompían la guerra sin ningún motivo. Tenían capitanes que mandaban compañías de los barrios; tocaban en la guerra bocinas, y llevaban por armas pieles de tigres, venados y otros animales salvajes, y generalmente jaquetas rellenas de algodón que llamaban *escaupiles*; pero los más intrépidos iban desnudos, pintados de negro y rojo, con pañetes, y en las manos arcos, flechas y macanas. El botín que más estimaban en la guerra era la captura de enemigos.—*Herrera*, III, pág. 113.

*Mistecas*.—En sus guerras combatían con rodelas y macanas, formadas de palos gruesos de roble, de una brasa de largo, y de dos hileras de navajas de pedernal; las rodelas se componían de cañas macizas dobladas y entretejidas. Usaban *escaupiles*, pintábanse la cara para amedrentar á sus enemigos, y rogaban á sus dioses que los hiciese insensibles al hambre, á la sed, al cansancio, y que no los dejasen matar, apresar, ni que fuesen muertos. Las palabras á que recurrían eran una especie de sortilegios, y con ellas iban confiados; si las cosas acontecían adversamente, decían que sus dioses estaban enojados, ó que sus agoreros los habían engañado. Sacábase á la gente para la guerra, por barrios, y la dirigían sus capitanes. Si eran sitiados se subían á los cerros donde resguardaban á sus esposas, hijos y bienes, fortificándose con albarradas, y saliendo de ahí á combatir de siete en siete, ca-

pitanes contra capitanes, soldados contra soldados; cuando moría alguno, otro lo reemplazaba, y continuaban así hasta que quedaban vencidos y hechos prisioneros, ó hasta que se daba término á la guerra por un tratado.—*Herrera*, III, págs. 265-66.

## X.—Iglesia.

Acerca de los primeros *mexicanos* que vinieron á este lugar sabemos que no tenían rey ni otro caudillo especial, sino que eran guiados por sacerdotes ó ministros del demonio; estos últimos llevaban sobre sus hombros la imágen del dios *Huitzilpuchtlí*, y sus consejos y determinaciones se seguían siempre.—*Torquemada*, lib. IX, cap. 19.

El gran sacerdote en el reino de *Acolhuacán* y en aquel (de *Tlacupán*) era siempre, según algunos historiadores, el segundo hijo del rey.—*Clavijero*, lib. IV, cap. 14.

El número de sacerdotes entre los *mexicanos* correspondía á la multitud de sus dioses y templos; el homenaje que tributaban á las deidades no era mucho mayor que la veneración que rendían á sus ministros. Podemos conjeturar el inmenso número de sacerdotes del imperio *mexicano* por el número comprendido en el area del gran templo, el cual nos dicen algunos historiadores antiguos que ascendía á 5,000..... Cada templo tenía en verdad un número considerable, de manera que no juzgo temerario afirmar que no podían existir menos de 1.000,000 de sacerdotes en todo el imperio. Su número tenía que aumentar continuamente, merced al gran respeto que alcanzaba el sacerdocio, y á la alta opinión que ellos tenían del cargo de mantener el culto de los dioses. Aun los grandes hombres se disputaban consagrar á sus hijos por algún tiempo al servicio de los templos; en tanto que la nobleza inferior empleaba á los suyos en los trabajos exteriores, tales como el acarreo de madera, alimentación y conservación del fuego de las estufas, y otras cosas análogas.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 14.